

Libertad calzaba el 32. Los días de lluvia, su madre se empeñaba en colocarle unas botas de agua heredadas que a ella no le gustaban nada. Eran incómodas. Le iban un poco grandes. Además, no soportaba el tacto de la goma en la piel de sus piernas. Y la tortura era constante: inevitablemente, los calcetines azules de Libertad, que hacía meses que habían perdido la fuerza en los elásticos, bajaban tozudos hasta los tobillos. Y entonces el tacto de la goma en la piel de las piernas se hacía insoportable. Por lo menos, no se saltaba el uniforme. Porque Libertad nunca vestía ninguna pieza de ropa que pudiera desentonar con el traje escolar que cada día se ponía siguiendo el mismo ritual –primero, abotonaba la camisa, blanca, después se enfundaba por la cabeza el pichi azul y gris, tipo pata de gallo, de amplios pliegues, después subía la cremallera lateral, luego unía los cierres, y finalmente encajaba los botones metálicos de la pechera y del cinturón que hacían clic. Y así cada día, de lunes a viernes, ella iba impoluta, nunca descosida, luciendo los botones azul zafiro del pichi, debajo del jersey de pico también azul, marino, eso sí, bajo la trenca.

Y así las cosas, era de las pocas que siempre, siempre, cumplía escrupulosamente con los colores, el blanco y el azul, que las hacían a todas iguales –cierto que era una igualdad cristiana, no republicana, pero igualdad al fin y al cabo. De hecho, los calcetines blancos también estaban permitidos, pero su madre nunca le dejaría usarlos: aun con el uniforme, ella mantenía, silenciosa, las normas más elementales de estilo. Porque es que la madre de Libertad tenía muy buen gusto, hasta con el uniforme. Y los calcetines debían ser azules, a juego con el azul del jersey de pico, los zapatos y el abrigo.

La pena eran las botas de agua. Azules, austeras y heredadas. Libertad se desvivía por colocarse unos elásticos justo debajo de las rodillas, para aguantar sus calcetines en posición. Pero el sistema, que otras niñas sí usaban, no era bien visto por su madre: se conoce que cortaba la circulación de la sangre. Así que Libertad, los días de lluvia, aguantaba estoica

el tacto áspero y frío de la goma de las botas en sus piernas. Suerte que le iban grandes y tenía espacio suficiente para meter las manos y subirse los calcetines. Y así iba haciendo todos los días de lluvia mientras se deleitaba admirando y envidiando las brillantes botas rojas, blancas, verdes, que usaban algunas de sus compañeras –extrañamente, los días de lluvia sí estaba permitido saltarse el uniforme y abundaban los colores vivos en las botas y en los chubasqueros, aquellos chubasqueros finos, finos y mal cosidos que vendían en el mercadillo del pueblo y que Libertad nunca tuvo. Incluso las maestras calzaban botas de agua: había una, que a Libertad le parecía especialmente glamurosa, que llevaba unas botas de agua ajustadas, de color rojo, brillantes, brillantes y ¡con tacón! Eso sí que era tener suerte, pensaba Libertad mientras la goma de sus botas azules, austeras y heredadas –además

Aquellos maravillosos años

de maleducadas e indiferentes a las inclemencias del gélido invierno– le rozaba insistentemente la piel de las piernas.

Libertad decidió que, de mayor, tendría también unas botas brillantes, rojas, ajustadas y, sobre todo, con tacón, y daría imagen al vals aquel de la lisura y de la mixtura que tan impresionada la tenía... “menudo pie la lleva por la vereda que se estremece al ritmo de su cadera, recogía la risa de la brisa del río y al viento la lanzaba del puente a la alameda”.

Hasta que un día, llegó el desastre. Libertad lo recuerda bien: caminaba calle arriba, hacia el colegio, con su pichi azul y gris, su abrigo azul, sus botas de agua austeras, los calcetines en el tobillo. Iba por la acera, esquivando los charcos, tarareando el vals de la lisura y la mixtura, mientras se imaginaba de mayor, ladeando la cadera, con sus botas de agua ajustadas, rojas y brillantes, con tacón, estremeciendo la vereda que

cruzaba el puente y la alameda... cuando de repente el paso veloz de un coche le lanzó encima el peso entero de un enorme charco, frío, marrón, austero como sus botas de agua heredadas. Así quedó Libertad: pringada y empapada de la cabeza a los pies, pichi, jersey y abrigo incluidos. Y claro, como las botas eran heredadas y le iban grandes, el agua del charco encontró espacio para entrar en ellas e inundarle los pies, hasta el tobillo, lo recuerda perfectamente, porque tuvo que deshacer el camino a casa arrastrando los pies, que nadaban como peces dentro de las botas azules, austeras, heredadas, soportando el tacto de la goma en sus piernas, notando cómo sus calcetines se debatían entre quedarse en sus tobillos o lanzarse a la fiesta del agua, hasta llegar a los dedos del pie.

Ese día de lluvia y charcos, Libertad se saltó el uniforme. Ese día Libertad llegó tarde a la escuela, vestida con un chándal

azul marino –porque no tenía pichi de recambio– y enfundada con sus botas de agua azules, austeras y heredadas, ya vacías de agua y perfectamente ajustadas a sus piernas, que ahora, gracias al chándal que hacía las veces de relleno, le iban como anillo al dedo. Y triunfó.

Ahora Libertad estremece calles y veredas al ritmo de sus caderas y derrama lisura y aromas de mixtura. Y añora sus botas azules, austeras y heredadas. Y echa de menos jugar a esquivar los charcos. Daría lo que fuera por volver a colocarse esas botas y piensa que sería capaz de soportar de nuevo el tacto de la goma en su piel. Y jura una y otra vez que no volverá a desear botas brillantes, rojas, ajustadas, de tacón. Y mira hacia arriba, como interrogando al cielo, escrutando cualquier movimiento para saber si algún día de estos piensa llover a cántaros de una vez.

por Tecla Valle | Ilustraciones de Lapaka



Fin